

Pagando servicio

Ramón Pineda

Un periodista que fue soldado reconstruye lo que fue su paso por el ejército. Está crónica, junto con otros dos testimonios de periodistas exmilitares, fue publicada en *La Hoja de Medellín*, edición N.º 63 de abril de 1998, como recurso periodístico para dar cuenta de una época en que el servicio militar obligatorio se volvió tema de campañas presidenciales y estuvo cuestionado por los abusos de poder en la formación de los nuevos soldados de la patria.

¡Acostarse! ¡Levantarse! ¡Apurarse! ¡Un minuto para salir del baño! ¡A tierra, veintidós de pecho! ¡Trote con ganas! ¡Marche bien, como los demás! ¡Hable duro, como los varones! ¡Párese con energía! ¡Inspire respeto, miedo! ¡No coma tan despacio! ¡Atalájese! ¡No llore a escondidas! ¡No me mire tanto! ¿De qué se ríe?

Tres meses antes aún vestía de civil. Estaba asustado esa noche, su primera en el batallón. Le parecía un sueño y rezó para que así fuera. Pero el llamado a hacer fila frente a la barbería lo convenció de lo contrario. Un chiste, un comentario, un cigarrillo aminoraban su desconcierto, su ansiedad, la de todos los muchachos que allí estaban arriesgando su cabeza.

Arroz. Carne. Papa: puro ACPMmmmierda. Inodoros al desnudo. ¡Formar el pelotón! Aseo del batallón. ¡Formación! Limpieza del fusil, acariciarlo como a la novia, prepararlo para la guerra. ¡Formación! Democracia, protección, enemigos. ¡Formación! Más ACPM. ¡No se tense! La mano izquierda sostiene el proveedor. ¡No respire! Corra hacia atrás el gatillo, lentamente. ¡Muy bien, soldado! Usted podrá ser torpe pero tiene puntería y de la mejor.



Ramón Pineda, foto cortesía del autor

Le llegó el turno a su cabeza. En el centro de la barbería destacaba la silla de metal. Sentado acarició su pelo que ya le llegaba a los hombros. Una carcajada seguida de “este maricón va a llorar” lo llevó a fijarse en el militar. Su camisa sin arrugas, los botones en línea con la bragueta. Se le acercó. Pidió las tijeras y de un tajo le cortó un mechón. “Guárdelo de recuerdo”, le dijo. El soldado barbero se encargó del resto. Afuera, en el patio, los rapados esperaban la próxima orden.

¡Salir al patio! Armar rectángulos de 10 por 4, en orden de apellidos, en orden de estatura, en orden. ¡Formación! Gimnasia. Sudor. ¡El entrenamiento debe ser tan fuerte que la guerra parece un descanso! ¡Obedezca! Recuerde soldado que usted no tiene derecho ni al aire que respira, lo tiene que pagar... 64... 65... 66... ¡Baje bien! ¡Manos arriba, levante más el fusil! 67... 68... 69... ¡Uuff!

Lo último que puso fueron las cucardas, esos escudos redondos que en las puntas del cuello representan una de las cinco armas del Ejército: Infantería, Caballería, Artillería, Ingeniería y Servicios. Se sintió extraño con ese uniforme habano, demasiado ancho para su gusto. Le pesaban las botas, le estorbaba el “prepuccio” en su cabeza recién rapada. Solo faltaba coger fibra y tener un arma larga en sus manos para reconocerse como todo un soldado de la República... de Colombia.

¡Un, dos, tres, izquierrrrr...! ¡Un, dos, tres, izquierrrrr! ¡Soldados, descansen, arrrr! Hora de la locha, hora de sacarle la *americana* a las botas, hora de brillar la hebilla y las cucardas, hora de ir a la Tienda del soldado. Torta dulce, gaseosa, risas. ¡Todos a discreción! Una canción de amor, ¿con quién estará ella? Una moneda para llamarla. Un lapicero para escribirle. Mamá trajo estas arepas de queso, están frías, pero qué rico saben. ¡Hey lanza! ¿Querés?



Aprendió a armar y desarmar con facilidad el G-3, pero no a quererlo como a la novia. Un día, después del baño en el río, se le olvidó el arma. Durante media hora marchó con el pelotón hacia el campamento. Formó, almorzó. Se sentía liviano, le pareció raro. Lo comentó con el lanza. ¿Y tu fusil? Corrió, deshizo el camino y allí estaba aún, al borde de la corriente. Suspiró. Nadie lo había visto, ni los campesinos, ni los guerrilleros fantasmas de esa zona roja.

¡A tierra soldados! ¡Bésenla! ¡Cómansela! ¡Los quiero ver untados! 30... 31... 32... Abajo. Arriba. Sudor. Calor. Temblor. ¿No pueden con el morral? Por eso estamos como estamos. Y usted soldado: ¿de qué se ríe? ¡Conteste! De

nada... mi cabo. Si le da mucha risa, ¡corra en cuclillas hasta ese árbol! Sí, sí mi cabo. Sí, mi cabo ¡no!, se dice: ¡como ordene mi cabo! Como ordene mi cabo. ¡No lo escucho, soldado! Como ordene, mi cabo. ¡No lo escucho! ¡Más duro, carajo!

Comió tierra y su sangre estaba tan caliente como el día. Le llegó el turno de tirar la granada. Pensó que le hacía un favor a la patria si la arrojaba hacia el grupo de oficiales y suboficiales. Pero no era tan bobo como para convertirse en asesino; era mejor morir. Le quitó el seguro y la apretó fuerte contra sí... Un segundo, dos, tres, cuatro, cinco, seis... ¡Soldado hijueputa, suelte esa granada! Recordó su vida como una película. ¡Por mi libertad!, alcanzó a exclamar. El artefacto explotó en el aire.

¡Vuelta a la cancha! El que llegue de último no tiene salida. ¡Atención, firmmmm! Posición de revista. El que tenga el fusil sucio no tiene salida. Himno al soldado. El que no lo sepa no tiene salida. Oración a la infantería. El que no la recite no tiene salida. ¡Izquierrr, dos, tres, cua...! El que pierda el paso no tiene salida. ¡Marchando, marchando! Permiso hasta las 16 horas de mañana. El que llegue tarde se las ve conmigo. ¡Retirarse arrr! ¡Viva Colombia!

Después del intento de suicidio comenzó a reírse con más frecuencia. Era su estrategia para defenderse. Ahora gritaba: ¡Viva Colombia! con más ganas, al unísono con los demás cada

vez que tenían boleta de salida. Se acercó mucho más a su familia, a su gente. Por la noche, antes de acostarse, sin que nadie lo obligara a filarse, a ordenarse, a dormir abrazado a un arma, sacaba del cajón el mechón que había guardado desde su primera noche en el ejército.

Ramón Pineda es periodista egresado de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia donde se desempeña como profesor y exdirector del periódico *Delaurbe*. Fue editor del periódico *La Hoja de Medellín*, de donde hacemos el rescate de esta crónica.